

## POR LATINOAMÉRICA CON MOTO Y PERRO

18 largos meses se tomó Aletea Lang para su gran viaje en motocicleta por Sur y Centroamérica. Su deseo no era ni acumular kilómetros ni mucho menos solo visitar lugares turísticos. Su meta principal fue la de “viajar en forma sencilla y liviana”; al mismo tiempo descubrir, vivir y compartir con la gente que encontrara por su camino.

Su compañero de viaje, Jack, un husky que determinaba el ritmo del viaje. Pero no sólo eso, más de una vez fue él quien ablandó corazones y abrió puertas para muchas sorpresas.

Nacida en Brasil y viviendo desde los 11 años en Alemania; Aletea no sólo habla alemán y perfectamente portugués, sino que durante el viaje perfeccionó su español. Sin barreras idiomáticas y con mucho corazón, Aletea logró llegar a la gente y tomarle el pulso al diario vivir en Latinoamérica. Ésta es la aventura de una mujer, su motocicleta y su perro Jack.

---

**Principios de noviembre del 2004.** Me encuentro en la conferencia con diapositivas de Klaus Schubert y Claudia Metz. Ambos recorrieron en motocicleta el mundo entero por 16 años. Sin darme cuenta, esa presentación causó un gran impacto, que afectaría los próximos años de mi vida.

Desde el principio de la conferencia entré en contacto con Klaus. Debo haberle dado la impresión de ser una pequeña soñadora, ya que respondiendo a mi comentario, “a mi también me gustaría hacer lo mismo” dijo con una sonrisa incrédula: “Querida Aletea, vive tu sueño, pon una fecha”. Ésta también fue la frase de la dedicatoria que él escribió para mí en su libro “Abgefahren” que significa partir o arrancar.

Las imágenes de la Patagonia me impresionaron tanto, que espontáneamente me decidí; la Tierra de Fuego sería mi primera estación. Como brasileña de origen estuve muchas veces de mochilera por América del Sur. El continente latinoamericano no era desconocido para mí. Tomé muy a pecho las palabras de Klaus y puse una fecha fija para partir con el viaje. Espontáneamente me decidí por el 3 de diciembre del 2005, dándome así, el tiempo suficiente para hacer el carné de conducir y buscar la motocicleta adecuada; una Suzuki DR 650 con 24 000 kilómetros por el precio de 1 500 euros. Cosa que a más de uno de mis amigos expertos en el tema les pareció una locura. Al final mi acierto me daría la razón, de que también de forma modesta se pueden alcanzar las metas propuestas.

**Jack conquista mi corazón.** Por ese tiempo, mi familia discutía la posibilidad de adoptar un perro del refugio animal. Al final, nos enamoramos de un husky-labrador de un 1 año de edad, que desde el principio tenía algo contra cualquier tipo de reglas. Empecé a pasar tiempo con él y fue así como llegamos a ser como uña y carne. La idea de llevar a Jack conmigo durante el viaje se hacía cada vez más fuerte; sólo que no tenía ni la más mínima idea de cómo. Finalmente, la decisión, Jack se viene conmigo. Cómo se dice “dónde hay voluntad, no falta camino”, esa postura sería la que me acompañaría por el resto de mi viaje y me ayudaría a tomar decisiones en tiempos difíciles.

Enero 2006, me encuentro en el vuelo dirección a Sao Paulo, Jack viaja en la bodega del avión y mi motocicleta está en un barco en dirección a Buenos Aires, que

arribará en las próximas semanas. Hasta que llegue el día de desembarcar mi Suzuki en Buenos Aires, pasaré tiempo con mis abuelos en Sao Paulo.

**La preparación en Sao Paulo.** Cuatro semanas transcurrieron hasta que mi motocicleta arribó a Buenos Aires. Posteriormente estuve agradecida por ese lapso, ya que de alguna manera la situación me permitió pasar más tiempo con mis abuelos, los mismos que durante mi viaje se despidieron de este mundo.

Los costos y la declaración técnica aduanera influyeron en la decisión de mandar la motocicleta por barco al Argentina, esa situación sería también la primera que probaría mi paciencia. La idea era, ir a recoger la motocicleta en bus; lastimosamente ninguna empresa de transportes aceptaba transportar a un perro. Así que no tuve más remedio que ir sola y dejar a Jack con mis abuelos. Para mi buena suerte, al llegar al puerto de Buenos Aires mi motocicleta estaba lista para partir y recorrer la larga distancia de 3 000 kilómetros que separan Buenos Aires de Sao Paulo. Para mí, una buena oportunidad para experimentar un viaje sin mucho equipaje.

Un carpintero en Brasil construyó una caja especial, que se montaría a la Motocicleta. La mini habitación para Jack, además de ser cómoda tenía una gran vista. La búsqueda de un lugar seguro para transportar a Jack en la motocicleta tomó su tiempo. Antes habíamos probado hasta con un carrito adaptado a la motocicleta, pero al final la caja fue la mejor opción y a Jack le encantó su nuevo domicilio.

**El camino hacia el Sur.** Era un domingo de febrero en el que por fin partimos. Después de tres semanas de lluvia consecutiva apareció el sol . Dietmar, un buen amigo de Alemania, quería acompañarme durante la primera etapa del viaje. Hasta ese tiempo no había realizado la diferencia que cada persona tiene del concepto de viajar. Una balanza en la carretera para camiones muestra el peso de la motocicleta cargada incluyéndome a mí y a Jack. Nada menos que casi 380 kilos. Jack se acomodó en su casa y partimos.

La ruta que habíamos planificado nos dirigió a lo largo de los límites entre Paraguay y Argentina, para luego seguir hacia Chile y bajar a la Patagonia por la hermosa Ruta 40 en dirección a Ushuaia, la ciudad más austral del mundo.

Para mi sorpresa, tenía que reconocer que mi primer y liviano viaje Buenos Aires-Sao Paulo no tenía nada que ver con ésta sobrecargada segunda etapa. !De comodidad nada que hablar! Desde ese momento tendría que acostumbrarme a esa nueva forma de viaje con la esperanza, de que al montar las suspensiones de la motocicleta los técnicos también hubieran pensado en una posible sobrecarga.

Pronto nos dimos cuenta que es más cómodo conducir por calles aledañas y evitar las grandes carreteras. Para nosotros fue lo mejor, ya que de esa manera Jack puede correr a mi lado a tiempo moderado los primeros 10 a 15 kilómetros todos los días sin correr el riesgo de ser atropellado por algún conductor descuidado. Pero como era de suponerse, esas calles no tan transitadas también tenían sus defectos.

Mientras Jack hacía su acostumbrado recorrido tuvo una mala experiencia. Al pasar uno de los innumerables puentes de maderas podridas y desvencijadas, escuché de

repente detrás mío un golpe silencioso. Paré, busqué a Jack y era como si el piso se lo hubiera tragado. ¿Piso? Precisamente eso era, al puente le falta un buen pedazo de piso. Ví como Jack había caído al río cuatro metros hacia abajo y trataba de nadar. Mientras corría mirándome fijamente no se había percatado de que en el puente había un hueco y el piso desapareció bajo sus patas. Gracias a Dios no le pasó nada y trepó hábilmente hacia mí.

**Albergues nocturnos.** Pronto nos dimos cuenta que en hoteles y pensiones los perros no son huéspedes bienvenidos. Por lo que tuvimos que buscar otras alternativas. Si se trataba de encontrar un alojamiento o un puesto adecuado para la tienda de campaña, no nos quedaba más que esperar en la buena voluntad la gente del pueblo. En qué medida estos contactos con la población marcarían el desarrollo del viaje, se mostraría más tarde.

De casualidad conocí al brasileño Miguel, quién me dió una sugerencia fantástica. Él había viajado en bicicleta desde Brasil hasta Los Ángeles y me contó que durante su trayecto se hospedaba en la sede de los bomberos. Esto funciona de la siguiente manera: si uno ha logrado una vez que los bomberos le hospeden, las puertas de casi todos los cuerpos de bomberos están siempre abiertas. En cada estación se hace que le entreguen una carta de recomendación. Con ese certificado se presenta a la siguiente estación de bomberos, donde uno es recibido amablemente. Este principio también funcionó conmigo. Ésto lo demuestra una pila de más de 100 cartas de referencia que reuní durante todo el viaje.

**Seguridad por medio de contactos.** En medio de una vía muy transitada llegó ese contratiempo inesperado. Dietmar tuvo su primera avería con un neumático y lo peor fue que también se le acabó la batería de la motocicleta. Continuar el viaje y reparar la avería ¡Imposible! El sol estaba cayendo y se lo veía apenas sobre el horizonte. Acampar al margen de la carretera por donde transitaban muchos camiones parecía peligroso, así que decidimos pedir permiso en una casa cercana para colocar en el terreno la tienda de campaña. Para nuestra alegría la familia aceptó, un poco desconfiada nuestro pedido y mi filosofía de viaje se comprobaría: no acampar alejado, escondido y de forma solitaria, sino entrar en contacto con la población, convivir con ella y aprender de ella. Además, no recorrer kilómetros a toda velocidad por Sudamérica, sino tomarse el tiempo para poder experimentar esas vivencias profundas y personales con las diferentes culturas del continente.

En el futuro también daría buen resultado llamar a la puerta de las casas y pedir permiso para acampar. Entre más gente supiera de nuestro viaje, intenciones y aceptara nuestro pedido, más segura me sentía.

**Daba lo mismo si era una ciudad, un pueblo o como me ocurrió en una comunidad indígena; si el jefe máximo me aceptaba y consentía que acampara en su territorio, el resto de la gente también me aceptaba y se preocupaba casi en forma natural por mi seguridad. Lo mismo ocurría cuando teníamos que dejar las motocicletas por algunos momentos. En vez de ponerlas en algún lugar escondido, las aparcabamos en media plaza ante los ojos de medio mundo, y todos cuidaban y vigilaban nuestras pertenencias.**

Nunca se me extravió algo. Al contrario, cada vez más me sorprendía la gran hospitalidad de la gente y la forma cariñosa con la que me recibía una y otra vez.

Tanto que no sólo me abrían la puerta de la casa, sino también, con una sonrisa, la puerta de la nevera. Usualmente llevaba una bolsa de frijoles a cambio de una comida y una conversación amistosa. Mi viaje se nutrió de las experiencias cotidianas y del contacto con la gente del lugar. La curiosidad hacía preguntarme a dónde me llevaría este viaje. Con el pasar de los días, me di cuenta que todavía duraría mucho tiempo hasta descubrirlo.

**Volcanes, fiordos y glaciares.** El extremo sur del continente se despliega con una variedad de paisajes. Para llegar a Chile pasamos el cerro Aconcagua que está situado a unos 3 000 metros de altura. Recorrimos imponentes volcanes cubiertos de nieve, para proseguir dirección al sur. Los paisajes montañosos, los valles y los lagos me recordaban a algunos paisajes de Europa.

Al llegar a la isla Chiloé, Jack no hacía otra cosa más, que correr por entre las olas de esas hermosas playas solitarias. Desde Quellon tomamos un barco que recorría los fiordos del sur de Chile hasta llegar a Puerto Aisén. Y desde aquí estábamos a un paso a la frontera Argentina.

**En la Patagonia el clima cambia extremadamente rápido. En el tiempo que estuvimos allí, apreciamos su cambio drástico; sol, lluvia, fuertes nevadas, viento y arena. Desgraciadamente el día que estuvimos en el Fitz Roy, éste estaba cubierto por nubes gruesas y niebla muy densa, pero con mucha suerte después de una caminata, el cielo se despejó y por unos minutos pudimos apreciar su belleza indescriptible.**

**Al contrario, en el Lago Argentino el sol brilla en todo su esplendor y los 80 metros de altura del majestuoso muro del glaciar Perito Moreno refleja un azul turquesa. De este glaciar se desprenden de vez en cuando bloques de hielo que al caer en las aguas del lago Argentino provocan sonidos estremecedores y olas impresionantes en la superficie.**

Poco antes de llegar a Río Gallegos, una ciudad pequeña en el sur de la Patagonia, nos alcanzó una fuerte tormenta de la cual huíamos exitosamente días antes. Entre vientos fuertes, lluvia y 6 grados centígrados era difícil maniobrar la motocicleta. Ahora sabía lo que significaba conducir en medio del invierno de la Patagonia.

Congelados completamente, débiles y hambrientos nos encontramos en medio de la noche en una calle en Río Gallegos. En ese momento tomé la decisión de nunca más conducir entrada la noche.

Mientras pensaba cómo y dónde pasaríamos la noche, me quité el casco. Al mismo tiempo, una mujer mayor me observaba atentamente. Por su expresión de asombro pude notar que no esperaba ver a una mujer en motocicleta, sino a un hombre. Enseguida entablamos una charla y nos invitó a su casa para un mate caliente, que dado nuestro estado aceptamos agradecidos. Aparentemente, mi lamentable aspecto no sólo le causó lástima a ella, sino también a su marido que en forma generosa me regaló uno de sus trajes térmicos, que utilizaba en su trabajo como constructor de carreteras. Ese traje sería una verdadera bendición que me acompañaría fielmente por el invierno de la Patagonia. Dado que todavía no teníamos lugar donde pasar la noche, aceptamos agradecidos la invitación para quedarnos a dormir y secar nuestras ropas.

El 25 de mayo del 2006, llegamos en Ushuaia, "la ciudad del fin del mundo". Aquí se separan nuestros caminos. Dietmar quiere ir más rápido hacia el norte. Por lo contrario, yo prefiero continuar el viaje por los Andes al ritmo de Jack. Desde hace días se me ha metido la idea loca de avanzar hasta la ciudad de México, donde vive un viejo amigo de la escuela al que no he visto hace muchos años.

**Pausa de invierno en Buenos Aires.** El invierno se pone cada vez más agresivo, tanto que sólo tengo pocas horas al día para conducir. Con las carreteras parcialmente congeladas es difícil avanzar. Recibo una invitación de un orfanato del pequeño pueblo de Theka para quedarme esa noche a dormir. Al acercarme a la ventana al día siguiente, no puedo dar crédito a lo que mis ojos ven. Por la noche había caído un metro de nieve fresca. Continuar con el viaje ¡ni pensarlo! Nuevamente estoy invitada a quedarme más tiempo en ese pequeño paraíso. Tres comidas calientes por día, una ducha caliente, mi ropa es lavada, planchada y hasta cosida.

Poco después caigo enferma, fiebre alta, y dolor en todo el cuerpo. Los niños indios me dan una "pócima mágica", para que me recupere más rápido: canela, azúcar, leche, jengibre y cebolla, un verdadero "levanta muertos". Luego de recuperarme, ayudo gustosamente en la cocina y me encanta pasar tiempo con los niños a los que quiero entrañablemente.

Dos semanas más tarde la nieve empieza a derretirse y el sol brilla nuevamente. Es tiempo de continuar con mi viaje. Visto todas las ropas que poseo hasta parecer un globo. Pan fresco, un concierto de trompetas hechas con cuernos de animales son parte de la despedida. Poco más tarde, hago una pausa al lado de unos chicos que mientras esperan al bus toman mate. Aprovecho esa oportunidad y cambio la mitad de mi pan por un poco de té caliente. En ese momento para un auto a mi lado. Es la cocinera del orfanato que entre lágrimas se despide de mí.

A los pocos días me encuentro con dos conocidos, que ya se han asentado en el sur de Argentina. Estoy harta de conducir bajo lluvia y frío. Empiezo a buscar una alternativa. Ambos me ayudan a organizar un camión que nos llevarán, a Jack y a mí, los 2 000 kilómetros que nos separan de la cálida ciudad de Buenos Aires. Jack y la motocicleta van escondidos en la carga. La policía no debe descubrirlos... todo sale bien.

Al llegar a Buenos Aires lo primero que hago es buscar un taller mecánico que sirve de encuentro para motociclistas viajeros. Aquí uno puede hospedarse y en el taller se pueden hacer las reparaciones necesarias para las motocicletas. Éste "campamento base" es un lugar ideal para adquirir e intercambiar experiencias, mapas, libros y equipamiento. Aquí también conocí algunas personas que me dieron consejos valiosos para continuar con mi viaje.

**Antes de volver a partir, quiero mejorar mi presupuesto. Ya que ahora soy "experta en caninos", no es de extrañarse que encuentre trabajo con una señora simpática, que tiene conflictos con su perro. Alexandra y yo tenemos algo en común; nuestro amor por Brasil. Y de su estancia de muchos años allí ella tiene un hijo adoptivo. Por lo tanto, no fue difícil que nos llegáramos a tener mucho cariño. Alexandra no solo me aceptó en su casa, sino también me**

**presentó su círculo de sus amigos y conocidos de quienes tuve el pedido de fotografiar coches antiguos y villas.**

Después de tres meses, la temperatura ha subido considerablemente y esta mucho más caliente. Es el momento adecuado para cargar la motocicleta y salir otra vez.

**Adaptar a Jack al ritmo.** Cuando salí de Buenos Aires, mi motocicleta era otra. Cambié varias cosas en la máquina, reduje el equipaje al mínimo y Jack recibió un nuevo candado para su caja.

Lunes en la mañana, hora pico en la Avenida 9 de Julio, el centro de **Buenos Aires. De repente se abre el candado y Jack salta de su caja. Los autos pitan y frenan. Sorprendentemente Jack no pierde la cabeza, sino que me sigue hasta la vereda, como está acostumbrado, como un reflejo de su recorrido diario; luego salta de regreso a su casa segura. La gente a mi alrededor está contenta de que no pasó nada grave y me desean un buen viaje. A partir de ese momento voy a lo seguro; adicionalmente ajusto con una correa la puerta. Así viajamos hasta el final.**

El nuevo curso señala el norte de Argentina. Mi siguiente objetivo es el desierto de Atacama en el norte de Chile. La temperatura cambia drásticamente. Cruzamos paisajes desérticos con cactus a una temperatura de hasta 40 grados centígrados en la sombra.

Un neumático bajo es el resultado de un agujero causado por la espina de un cactus. No me queda más que pararme en la calle y pedir un aventón que me llevaría hasta un pequeño taller. Mientras tanto Jack se queda vigilando la motocicleta y el equipaje. El amable joven mecánico toma espontáneamente sus herramientas en una bolsa, montamos su motocicleta un poco destartada y regresamos hasta donde está averiada la mía. En menos de cinco minutos el neumático está reparado y otra vez con aire. Afortunadamente, esta sería la primera y la última vez que tendría un percance de este tipo en el resto del trayecto.

**Cada vez más veo como el contacto con la gente determina el curso de mi itinerario. Me dejo dirigir por las experiencias valiosas de las personas que encuentro día a día. Ellos saben todas las novedades, me informan de las precauciones que debo tomar y conocen cuales son los mejores caminos para conducir. Éstas informaciones no se encuentran en ninguna guía viajera y son indispensables para mí.**

**Gracias al ritmo de Jack me es posible combinar mi deseo de no dejar que mi fiel compañero vaya más de dos horas al día dentro de su casa y de mantener el contacto activo con la gente que encuentro en mi recorrido. Prefiero conducir pocos kilómetros y disfrutar intensamente cada situación. Con las direcciones que los nuevos amigos me dan, tengo la confianza de llegar hasta mi siguiente parada. Frases como "vete hasta el siguiente pueblo, allá viven mis tíos, les mandamos saludos", nos abren las puertas en cualquier lugar.**

He perdido la costumbre de llevar reloj. El sol determina mi rutina diaria. Cuando se pone a unos 25 grados sobre el horizonte sé que es el momento para empezar a buscar un lugar donde pasar la noche, establecer el sitio adecuado para la tienda de

campaña, para cocinar y comer. Mi única fuente de luz cuando el sol desaparece son las velas, mi linterna dejó de funcionar hace mucho tiempo.

**A través del desierto de Atacama. La ruta que nos dirige hasta la frontera con Chile se extiende en medio de hermosas cascadas, ríos y paisajes verdes. Me emociona la ruta montañosa; incluso el clima es agradablemente fresco.**

**Cerca de la frontera el paisaje cambia, la vegetación es seca, cactus de casi 30 metros y piedras con formas subreales nos abren paso al desierto. Para mi sorpresa y por primera vez la policía fronteriza de San Pedro de Atacama nos hace problema por los documentos de Jack. No le permiten entrar a Chile, sin que haya pasado antes unos días en cuarentena. Todo intento de negociación no funciona y Jack tiene que quedarse en la frontera. Conduzco hasta la ciudad con el fin de obtener las herramientas necesarias para cruzar el desierto.**

Actualizo los datos del GPS (sistema de posicionamiento global), compro gasolina en un galón de 20 litros, agua y alimentos. Durante estos dos días voy por la mañana y la noche a la frontera. Doy de comer y beber a Jack y paseo con él. En la carretera conozco a dos brasileños, uno de ellos acaba de salir del hospital luego de haber chocado contra un burro. Ellos me cuentan de sus planes de atravesar el desierto, así que decidimos emprender ese reto juntos. Mis dos nuevos amigos, calculaban que sólo necesitaríamos 4 horas para recorrer los 450 kilómetros. Por lo tanto, no tenían ni tienda de campaña ni bolsa de dormir.

Después de organizar todo saco a Jack de la aduana y nos dirigimos hacia la frontera Boliviana. En el Altiplano, a una altura de más de 3 000 metros, notamos que el motor de las motocicletas no desarrollaban la fuerza esperada. Esto se debe a que a esta altura el aire contiene una mínima cantidad de oxígeno. Muchas veces corrimos el riesgo de quedarnos hundidos en esa arena tan fina. Estábamos contentos de poder ayudarnos mutuamente. Al finalizar la tarde mis compañeros entraron en pánico. No teníamos la certeza de llegar ese día al albergue en la Laguna Colorada. Mala noticia, tomando en cuenta los 20 grados bajo cero que reinan por la noche y sin tener donde acampar y dormir. De pronto, cinco minutos antes de anochecer, vemos nuestra meta y nos sentimos como en el paraíso.

Sin fuerzas, medio congelados, pero contentos; bebemos minutos más tarde frente a la chimenea, té caliente de coca. Antes de ir a la cama, después de ese esfuerzo agotador, hago un recuento de las imágenes del día. Extensiones de arena infinita, géiseres, la belleza de la Laguna Verde, el increíble espectáculo de colores de la Laguna Colorada, los flamencos y en la noche un cielo hermoso, claro y estrellado. Estoy encantada de estar aquí. Una profunda paz llena mi alma.

**Blanco infinito.** Nos levantamos temprano. Ya hemos pasado la etapa más difícil de la travesía. A Jack le fascina el desierto, su actividad favorita es perseguir a las alpacas. Una vez más está fuera de vista, así que antes de cruzar un río decidimos esperarlo. Al observar hacia el horizonte vemos como pasa un huracán. En ese mismo momento, Jack aparece a toda prisa con la lengua afuera. Aceleramos a toda velocidad. El GPS muestra hacia el Norte, pero de repente, ya no se ve una pista, sino cinco que se despliegan frente a nosotros. Al azar decidimos por una que

afortunadamente era la pista correcta. Llegamos antes del anochecer a un pueblo pequeño y podemos quedarnos en casa de uno de los pobladores para pasar la noche.

Al día siguiente llegamos a Uyuni, la primera ciudad después del desierto. Provista de una gasolinera y un supermercado. Aquí me separo nuevamente de mis amigos que continúan su viaje mientras yo decido quedarme unos días en la ciudad. Tiempo para algunas reparaciones necesarias, descansar y obtener alimentos. Se nota que mi motocicleta ha sufrido unas averías. **El manubrio izquierdo está roto y yo tengo solamente un repuesto para el lado derecho. Para mi buena suerte encuentro un mecánico muy hábil que improvisa con lo que hay y adapta la pieza al embrague.**

En la ciudad encuentro a Samuel de Alemania. Anda solo con su motocicleta y lo tiene muy difícil, porque no habla nada de español. Me propone que viajemos juntos y está de acuerdo en ir al ritmo de Jack.

**En Bolivia las calles sin asfalto están en muy mal estado, por lo tanto decidimos conducir a través del desierto de sal, a pesar del peligro que representa cruzar esa zona insegura debido a los hundimientos que se producen por la inestabilidad del terreno y que muchas veces terminan en atoramientos en huecos de agua cuando la capa de sal se rompe. Nos guiamos por las pocas huellas que dejan los carros que transitan el desierto.** Cerca de la Isla del Pescado armamos nuestra tienda de campaña, protegida por una roca. Es casi imposible montar la tienda a campo abierto debido a la fuerza del viento. La vista se pierde a lo largo del interminable paisaje blanco. Al calor de la fogata, observamos cómo a escondidas un zorro se acercan con el fin de robar comida. Jack ha demostrado hasta ahora ser un excelente perro guardián.

Después de dos días de un viaje extenuante a través del desierto de sal, llegamos a la civilización. Atravesando pequeños pueblos tranquilos, nos da la bienvenida la Paz, capital de Bolivia. Aquí tenemos programada una visita al veterinario. No porque Jack esté enfermo. Para nuestro próximo cruce en la frontera necesito algún documento con el mayor número de sellos posibles. Estoy segura de que esto impresionará a los funcionarios de la aduana fronteriza.

**La peligrosa "carretera de la muerte".** En La Paz dormimos en el parque Nacional Cotapata situado a 4 670 metros de altura, para luego descender a las tierras bajas bolivianas que prácticamente es la selva. En un tramo de 50 kilómetros, hemos bajado a 2 000 metros. El famoso "Camino de la Muerte" hará plena justicia a su nombre. Aquí se habían cambiado las reglas de tránsito: quien subía tenía que hacerlo por el lado izquierdo, lado de la montaña. Y quien bajaba tenía que hacerlo por el lado derecho, lado del precipicio. Lamentablemente, no había ninguna señal que nos explicara este cambio y por poco casi me mato. Mientras yo conducía, como de costumbre por el lado derecho, se precipitó a toda velocidad un autobús hacia mí. **En el último segundo, logré maniobrar la Suzuki y lanzarme al lado de la montaña donde mi motocicleta se quedó atascada en un hueco. Caí al piso. El soporte de metal que sostenía el porta equipajes se rompió, pero gracias a Dios no pasó algo peor. Jack salió todo confundido y asombrado luego de dar muchas vueltas en su casa. Samuel y yo arreglamos provisionalmente la carga de equipaje con correas y cables.**

Los próximos 1000 kilómetros nos conducen a través de tierras pantanosas. La temporada de lluvias ha comenzado y estamos entre los últimos que todavía pueden pasar hasta que empiece la próxima temporada seca. Conducimos como sobre un jabón. Alcanzamos a recorrer tan sólo trayectos de 40 kilómetros por día, nuestros suministros se agotan rápidamente y tenemos que conseguir alimentos donde los pobladores. Así que muchas veces tenemos para comer arroz con huevo, huevo con arroz y otras arroz con arroz.

Nos acercamos a la frontera Bolivia-Brasil. Ya no tengo sentido del tiempo. ¿Cuánto tiempo estuvimos en esa zona pantanosa? En todo caso mi visa ya expiró. Pregunto en la policía de un pueblo por un documento que justifique nuestro retraso para luego presentarlo en la aduana fronteriza. Como razón damos el "accidente" que tuve y lo aceptan. Con el montón de sellos del veterinario y de la estación de policía podemos entrar a Brasil sin ningún problema.

**Por barco en el corazón de la Amazonía.** En esta parte de Brasil no hay muchas carreteras aledañas y de las pocas los lugareños cuentan historias increíbles. Se habla de asaltos, hasta de peligrosos pumas que se asolean en medio de la carretera y devoran a familias enteras. Por supuesto, todas las historias son cuentos, pero tengo un poco de miedo por Jack, ya que a los pumas les encantan la carne de perro. Por esa razón decidimos ir en barco, por el río Madeira desde Porto Velho hasta Manaus.

En la calle ya corría la noticia de que una mujer recorre en motocicleta la Amazonía. La radio y la televisión aparecen para entrevistar a la brasileña de Alemania. En un abrir y cerrar de ojos me conoce todo el mundo en la región. Con una dirección que promete mucho, busco a una conocida que es misionera y ella pone a nuestra disposición una casita de madera. Samuel y yo aprovechamos el tiempo para buscar en el puerto a alguien que nos lleve hacia el norte.

El capitán de un barco de carga de ganado que va al norte acepta llevarnos a nosotros, a Jack y a las dos motocicletas junto a los 650 bovinos. Tres días dormimos en la hamaca de la cubierta del barco y disfrutamos de la belleza del recorrido a través de la magnífica selva tropical. **Al segundo día de viaje pasamos un gran susto. Con el vaivén de las olas se mueve una tabla donde Jack y yo descansamos. Jack cae en el centro de la manada vacuna y yo detrás de él. Jack logra abrirse paso por sí solo. Aullando entre las patas de los animales llega hasta la parte delantera del buque donde un trabajador logra sacarlo. Subo rápidamente y me siento aliviada al darme cuenta que salvo unos pocos rasguños y pequeños golpes no nos pasó nada grave.**

**Una vida de lujo y una visita a la ópera.** Al llegar al puerto de Manaus, me doy cuenta que desde mi salida de Buenos Aires, luego de la pausa de invierno, estoy cinco meses de viaje.

Primero se descargan a los animales y luego nuestras motocicletas. Mientras tanto entramos en contacto con Gladson un brasileño y también viejo viajero. **Nos invita espontáneamente a pasar la noche en la casa que el cuida y donde trabaja. Estamos sorprendidos de la gran villa a la que nos lleva. Gladson no es sólo la mano derecha del rey del ganado en la zona, sino también su conserje. Ya que**

**la casa esta vacía** y por venderse, podemos disfrutar de una vida de lujo. Es grandioso poder pasear con Jack bajo la sombra de árboles de mango, descansar cerca de la piscina y saber que las motocicletas están parqueadas en un lugar seguro. Por la noche nos sentamos con Gladson a filosofar acerca de los viajes.

Al día siguiente me doy un gusto especial. No voy a dejar pasar la oportunidad de ir una ópera del legendario músico brasileño Villa-Lobos en el centenario Teatro Amazonas. ¡Qué emoción estar en ese suntuoso edificio, con la Amazonía a mi alrededor y en ropa de motocicleta para escuchar música clásica!

Gladson conoce la ruta de nuestra próxima etapa como la palma de su mano, ya que a menudo viajaba con su camión a Boa Vista que está hacia el norte. Nos da valiosas sugerencias y direcciones. Qué alegría tener estos contactos, así tenemos siempre un lugar donde colgar nuestras **hamacas y pasar la noche. El camino nos conduce por medio de una comunidad indígena. Sin embargo, casi no vemos a ninguno. En la salida del parque encontramos unos indígenas que venden artesanías; al ver a Jack se esconde, luego me dicen que él les inspira miedo, porque les recuerda a los pumas negros de sus historias.**

**La llamada del mar.** El clima está húmedo y llueve hace varios días. Abruptamente el paisaje cambia a la altura del Ecuador. Se huele a humo, se siente la sequedad, la naturaleza que me rodea está negra. Me dicen que por la aridez se producen incendios muy seguidos.

En Venezuela hay pocas gasolineras, porque los coches tienen grandes tanques de combustible y ya que a mí se me acabó la gasolina tengo que empujar mi Suzuki. Afortunadamente, no tan lejos hay un control militar de la zona. Un soldado muy joven se sorprende cuando al quitarme el casco se da cuenta de que es una mujer quien tiene un problema. Ellos me ayudan amablemente y me dan una ración de gasolina para continuar el recorrido por el magnífico paisaje de la gran sabana venezolana con un cuadro impresionante de mesetas y altísimas cascadas. Fácilmente uno podría quedarse aquí por más tiempo, pero el mar nos llama, así que aceleramos.

Al llegar finalmente a la costa del Caribe nos quedamos en casa de unos pescadores de la Isla Margarita. Nos permiten poner nuestras hamacas en un refugio que es utilizado para la distribución de pescado. Después de una semana agotadora en el Amazonas, nos hace bien disfrutar del sol, la arena y el mar. Nos valemos del trueque, para darle variedad a nuestra dieta; frijoles, arroz y pasta por pescado fresco.

Al continuar nuestro viaje evadimos la carretera de la costa y evitamos pasar por Caracas. Conducimos en dirección a Colombia por la Cordillera de Mérida que está en el interior del país.

**Una foto como prueba.** En Colombia me hacen saber que Panamá no permite la entrada de perros ni por barco ni por avión. Si queremos seguir hasta México, el paso por Panamá es inevitable; pero no existe ninguna carretera entre Colombia y Panamá. Por lo tanto, debemos encontrar un barco que esté dispuesto a llevarnos a nosotros y a las pesadas motocicletas. Pero, ¿qué hacemos con Jack?

Un policía me da un pequeña esperanza al informarme que por tierra las exigencias aduaneras con los animales no son tan rigurosas. Al enterarme de la existencia de un puesto fronterizo que está tan sólo a dos días a pie desde la última playa de Colombia tengo una gran idea.

Samuel y yo íbamos en un barco de pasajeros y las motocicletas en uno de transportes alimenticios hasta el último puerto en Zapazurro, la última playa colombiana. Luego, caminaríamos por la selva hasta llegar al puesto fronterizo de Panamá y fotografiaríamos a Jack junto al letrero aduanero con el escudo. Ésto nos serviría en el caso de un control por parte del Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Cuarentena al entrar a la ciudad de Panamá. Con ello demostraríamos que inicialmente Jack había pasado por tierra desde Panamá a Colombia. ¡Dicho y hecho! Todo funcionaba como estaba previsto. Llegamos al puesto fronterizo y tomamos las fotos. Los policías nos miran sorprendidos, pero nos dejaron tranquilos.

Al regresar a Colombia recogemos nuestras motocicletas y un barco de pesca nos lleva hasta Puerto Obaldía, el primer puerto fronterizo en Panamá. A la entrada son controlados y sellados nuestros pasaportes. A Jack ni siquiera lo miran ya que justamente ese día está cerrado el Ministerio de Desarrollo Agropecuario y Cuarentena. ¡Oh, qué hermoso es estar en Panamá!

**Con el barco platanero a través de las aguas turquesas.** Aquí no hay carreteras, y por lo tanto necesitamos un barco que nos lleve hacia el norte. Los pobladores no nos dan esperanzas. Quieren hacernos creer, que en los últimos seis meses han pasado tan sólo dos barcos con alimentos por aquí. Durante mi viaje he aprendido, a no creer todo lo que se cuenta. Colgamos nuestras hamacas entre los árboles y esperamos. Pronto se nos acercan un hombre y su hijo, que se había desplazado hasta la bahía con una canoa grande cargada de plátanos.

Su destino es Carti, desde ahí hay una carretera transitable que conduce a la ciudad de Panamá. ¡Ése es exactamente el lugar a donde queremos ir! "Gordo" como lo llaman, quiere vender sus plátanos en las islas de los indios Kuna. Él nos lleva con la única condición de que nosotros mismos carguemos nuestras motocicletas en su barco. Con sonrisas radiantes nuestra respuesta fue: ¡No hay problema!

**El viaje en barco dura una semana y se ejecuta a través de las encantadoras islas del Archipiélago de San Blas. ¡Una semana de vacaciones! Durante el día Gordo vende plátanos, pero también los cambia por pescado. Gracias al éxito de su negocio tenemos por la noche “la barriga llena y el corazón contento”.**

Aguas cristalinas, corales de colores e islas solitarias tan pequeñas como canchas de fútbol... ¡Estamos en el paraíso!

A pesar de todo lo bello tenemos un gran problema. Los indios kunas tienen sus propias leyes que no permiten a los perros en tierra. Pobre Jack, tiene que quedarse siempre en el barco o nadar para moverse. Sin embargo, durante mi viaje, Jack ha sido el que “abre puertas”, así también aquí. Los niños llenos de curiosidad empiezan a lanzar pedazos de madera en el agua. Jack salta jugueteando del barco hacia el mar y recoge los pedazos de madera. Entablamos los primeros contactos y poco después veo caras sonrientes. El hielo se ha roto y para Jack se hace una excepción. ¡Se le permite bajar a tierra!

Después de una semana llegamos a Carti. Desde aquí hasta Panama City hay algunos caminos pantanosos, lo que hace difícil el tráfico. Después de varias caídas, estoy harta y hecha **polvo**. **Afortunadamente, pasa un Jeep y se detiene, para ayudarnos. Ponemos sobre la parrilla nuestro equipaje y la casa con todo y Jack. Gracias a que llegamos entrada la noche y sin equipaje no fuimos controlados a la entrada de la ciudad de Panamá y unos días más tarde, estamos contentos de atravesar velozmente el Puente de las Américas en dirección a Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y México.**

**Meta alcanzada.** Dos meses más tarde, estrecho en mis brazos a mi amigo de la escuela en Ciudad de México. No nos hemos visto por 15 años. Estoy muy cansada, pero feliz y todavía no puedo creerlo. Después de 18 meses y 50 000 millas por todo Centro y Sudamérica. ¡Hemos alcanzado nuestra meta! Para celebrar la llegada, Jack recibe un filete de carne grande y jugoso además de unos cariñitos. Durante todo el viaje fue un gran compañero y lo hizo muy bien. La motocicleta y la caja que fue casa de Jack se quedan donde mi amigo en México, bien guardada. ¡Por si a caso...Uno nunca sabe!

**FIN Y VIVIERON FELICES PARA SIEMPRE!!!!**